



MESETA DE BIÉ.

“Hubo un tiempo en que un puñado de españoles dominó una de las mayores regiones del actual Zaire. Fue a mediados de los años sesenta, cuando la descolonización africana y los intereses de las potencias plagaron África de mercenarios y asesores varios trabajando para Gobiernos de todo pelaje y condición.

La España de la época no fue ajena a uno de los conflictos que marcaron aquella década. Allí, en la antigua colonia belga, la sangre negra y europea corrió a raudales de las formas más siniestras que puedan imaginarse. ¿Quién recuerda, hoy día, el martirio de las monjas vascas asesinadas, tras ser violadas, que conmovió a la sociedad española de entonces?

El Congo fue la gran guerra del África negra. Luego vinieron otras. Pero la descolonización y los primeros pasos del nuevo país independiente, en una orgía de violencia, atrajo a todo tipo de personajes. A él llegaron mercenarios franceses, excombatientes de las guerras de Indochina y Argelia, soldados perdidos de la OAS en busca de fortuna o de redimirse con su Patria al servicio de los intereses africanos del monsieur Afrique del Eliseo, Foccart.

Sin olvidar a pilotos cubanos anticastristas al servicio de la CIA, rhodesianos, sudafricanos y toda una pléyade de aventureros que motivó su bautizo, por la prensa de la época, como les affreux, los terribles.

Por no faltar, hasta el Che Guevara anduvo por aquellos lares, intentando hacer de los simbas una guerrilla de manual que no pudo ser porque, como escribió el gran Jean Larteguy, el África negra deglute todo en su buche y lo transforma en otra cosa”.

El Semanal digital (DIARIO DE LA GUERRA DEL CONGO. *Una Anábasis africana: los mercenarios españoles en el Congo de los 60.* 18-12-2013)

LA DESERCIÓN ES UN ACTO DE FE, inexcusablemente cuando la fe nos abandona. Traición, equivalente a la pérdida de confianza depositada, balancea en la fina cuerda de qué entendemos por confianza y cuándo esta deja de serlo.

Actuar en contra de individuos, partidos, instituciones o gobiernos, presupone entonces un acto de felonía, si los mencionados conservasen a su vez la seguridad encomendada.

En ocasiones, lo intrínseco a la confianza falla. Cambiar de bando ratifica entonces el arraigo absoluto a ideologías y la suprema certidumbre a la lealtad, inexcusablemente cuando ambas conllevan el renacimiento de nuevas culturas y el borrado de trucas doctrinas. No se puede mantener la incredulidad.

No es un hecho común. Acontece cuando los mortales, partidos, administraciones, empresas y promesas... saben a mierda.

Ocurre en todas las razas y los credos, ocurre en latitudes y longitudes, ocurre en los humanos, desde el más decente hasta el peor fraticida.

Sucede cuando la traición nos amanece como el gesto supremo y la cercanía a Dios corresponde con el alejamiento de las esperanzas, del ilusorio concepto de amistad y el descalabro en las convicciones.

Sucede cuando nos subestiman, humillan y arrinconan. El resultado, por lo general, suele ser desastroso para los mortales, instituciones y jefaturas, quienes pensaron no en amparar lealtades, sino más bien en poseer ovejas. Tal fue el caso de Belenko¹ y otros.

De todos, son los criminales quienes sobrellevan mejor la perfidia. Siempre tienden a vengarse violentamente y darse por resarcidos.

La deserción, traición y posterior cambio de clan, iluminaron a Don Bartolomé Scudder como una vela en plena oscuridad. Fue lo más cercano a una epifanía, algo similar a sentirse bendecido. Vino del más allá y se posó como relámpago, golpeándolo en pleno rostro.

¹ Viktor Belenko: Piloto militar soviético que desertó a los Estados Unidos en 1976 junto a un MiG-25.

Lo inimaginable se tornó tangible para Don Bartolomé Scudder, y la deserción en un poderoso acto de fe.

Don Bartolomé Scudder desertó y con él, los millones en joyas bajo su cuidado traicionarían el bando denominado “Diamanta” porque así Scudder lo había decidido. Esta noche Don Bartolomé Scudder, como todo buen desertor, cambiaría de manos una fortuna, una enorme fortuna.

Podría parecer un supremo acto de Houdini o levitar de la mano de Doug Henning; nada más alejado de la verdad. El siguiente paso de Don Bartolomé Scudder resultaba tan sencillo como real e impactante.

Apartó el sudor con un sucio pañuelo y contempló la obra con mal disimulado orgullo. A pesar de la premura y la falta de logística, la perforación de la caverna elegida como escondite de las piedras preciosas había sido lo suficientemente profunda. Las paredes, recubiertas de hormigón y con fuertes pilotes colocados cada metro y medio de separación, hicieron a la perfección la función de caja fuerte.

Acarició la rugosidad en los tabiques, los sólidos robles colocados a suerte de techo para evitar derrumbes, la altura del laberinto, ángulo de inclinación.

« Vosotras, húmedas estalactitas, protegieron mi amado botín hasta hoy ».

Revisó la tensión de la cuerda que lo trasladaría de regreso a la superficie y exhaló, satisfecho. Se encogió de hombros y ajustó la linterna encima del casco preparándose para la solitaria ascensión.

No era precisamente como había calculado vivir, máxime cuando su nombre, estampado en oro, debió figurar en el top ten de los multimillonarios. Él, Don Bartolomé Scudder, desertaría porque él, Don Bartolomé Scudder, siendo el nuevo Marco Polo, el magnífico Colón, el misterioso John Franklin, Willem Janszoon, no fue tomado en cuenta.

Al contrario, Bartolomé fue tratado por sus contratistas y supuestos amigos portugueses como una vulgar piltrafa. No era el pasado como legionario del 2do Grupo Ligero Sahariano, ni su andar introspectivo, silencioso, metódico. No eran los muertos arrastrados en turbia y pasada epopeya, ni tan siquiera su piel, tostada por los años en el desierto.

No importaba ya porque él, geólogo de primera línea y emplantillado como administrador de la transnacional Diamanta, tenía a escasos centímetros de las piernas uno de los botines en diamantes más voluminosos existentes. Tan abultado que su valor real no podía conjeturarse con precisión.

Bartolomé era de esos peculiares seres en el mundo mezcla entre criminal inescrupuloso y genio técnico. Graduado con honores del "Instituto Geológico y Minero de España", había combatido a lo largo y ancho del Sahara, localizado, extraído, procesado, aceptado, trasladado minerales de todo tipo y librado combates casi a diario. Desahuciado con la desarticulación legionaria, había navegado con suerte luego de siete meses de alcoholismo y vagabundeo por toda África. Contratado por Diamanta, actuó como prestidigitador al localizar la concentrada mina a la que apodó "Excélsior". En dos años de explotación a cielo abierto y en el mayor de los disfraces estadísticos, la kimberlita volcánica inferior de Excélsior se encontraba aportando unos 50.000.000 de quilates (10.000 kg) en diamantes anuales.

Y eso no era lo trascendente. El cincuenta por ciento de las gemas fueron clasificadas superiores o iguales a cuatro quilates, la mayor concentración diamantina vista. Según filtraciones no determinadas y poco convincentes, Excélsior extrajo gemas azules de igual o más de 45 quilates (9 o 10 gramos)

"El Diamante Hope² palidecería frente a los extraídos hoy", había afirmado un obrero medio borracho.

Descubrirla debió forrar en billetes a Don Bartolomé Scudder, haciéndole la vida tan placentera que solo de pensarlo la boca se derretiría, pero los portugueses no opinaron del mismo modo, dejándolo fuera del negocio una vez las hoyas fuesen trasladadas.

¿Así eran las cosas? Pues bien, Dios lo había iluminado y él, desertor por odio, encontró providencialmente un alma gemela con las facilidades para llevar a buen recaudo el traslado de las gemas. Ese celestial refuerzo se nombraba Edouardo do Nascimento.

Bartolomé conoció al comandante Edouardo do Nascimento en una cantina del Congo; ambos desahuciados, ambos hambrientos ambos letales. Habían congeniado de inmediato y los puntos en común atrajeron confianzas, estas sacaron a flote los diamantes y de ahí al robo no hubo más que otra botella de ron.

Solamente les faltaba un detalle. Para robar un cargamento se precisaba un convoy, y ninguno de los dos lo tenía.

² Diamante hope: Considerado el mejor diamante del mundo. Conocido como Diamante Azul y Diamante de la Esperanza. Diamante azul marino. Peso estimado 45.52 quilates.

Entre alcohol y resentimientos, ambos encontraron un punto de asidero en la verborrea quimérica y ambición de Savimbi, héroe para Scudder por su posición radical anti portuguesa³.

Savimbi aceptó de inmediato. Fuera o no un sueño trasnochado del español, nada se perdía con probar. Aportó con la logística y recursos financieros, convencido de tener un tesoro a punto de caer en sus manos. A diferencia de los idiotas de Diamanta, él sabía compartir y lo haría.

Encargó al renegado comandante do Nascimento acometer la misión. Los militares se entienden entre ellos, es un hecho.

El comandante se acercaba a frente del convoy.

Scudder bebió un largo sorbo de agua, humedeció frente y cuello, colocó el cierre en la grapa y comenzó la ascensión con sumo cuidado para no resbalar y romperse la crisma. Sería el colmo morir a estas alturas, tan cerca de convertirse en uno de los hombres más ricos del mundo.

Agarrado de la soga para no caer, Don Bartolomé Scudder lloró de rabia, no por tener que negociar con los rivales, ni tener a la desertión como paliativa, laxante al dolor intestinal. Lloró ante la frustración, ante el desengaño, ante la decisión tomada por los que creyó sus camaradas.

Lloró porque la decepción nos rompe el corazón aunque luego lo rehaga y endurezca.

Lloró porque Diamanta lo había transformado en desertor a sus convencimientos, al sentido de lo correcto, a sus más arraigadas creencias de lealtad y complicidad a pesar de estar pulido por años en el desierto sahariano. Lloró por impotencia, por haberse sentido usado, desnudado, sobornado, corrompido.

Lloró por haber confiado y ahora tener una violación de principios como solución a tanto desarraigo.

Fue aquella lluviosa noche en que lo citaron, luego de enviarle al jefe un memo con sus necesidades a partir de la veta diamantina hallada. Enorme mesa de reuniones, hombres trajeados, humo de cigarrillos, miradas amables, comprensivas.

³ Jonás Savimbi. Político y militar angolano fundador del partido UNITA, creado para liberar Angola del dominio colonial de Portugal.

Le ofrecieron una bebida, luego algo para picar, luego aguardaron a verlo relajado y feliz.

No vio venir la estocada, certera, a pleno corazón. Sublime teatro de títeres:

Muy buena petición, Don, muy bien redactada; ¿verdad chicos?

Tenemos una noticia no tan buena, Don. Conocemos de tus dotes geológicas y la destreza en el uso de armas y herramientas. No se trata de eso, Don.

No, Don, para nada se trata de eso: ¿cómo crees? Eres nuestro a pesar de ser español, Don.

Lo sentimos, Don, pero no podemos ofreceros un palacio en Miami, ni avión particular, yate, ni bellas chicas desnudas.

No se trata precisamente de poder o no poder, Don. Se trata de quien sois verdaderamente.

Sí, es cierto, vuestras aptitudes como el mejor geólogo inglés y el mayor explorador de diamantes en Sierra Leona son incuestionables, nadie lo pone en duda, Don, pero el contrato que firmasteis con nosotros está más que claro. ¿Veis? No incluye porcentaje alguno de lo hallado, ni participación como accionista.

Revisadlo, Don.

Os seguimos queriendo, Don.

Los diamantes nos pertenecen, Don.

Gracias por tu tiempo, Don.

Será en otra ocasión Don, cuando aprendáis a revisar los contratos, Don.

Y fue todo, luego de risas veladas y miradas de condolencia. Contratado por un mísero salario, debió abandonar sus largamente apetecidos sueños, o eso juzgó el grupito de magnates.

« Entrometidos perros sarnosos. ¿Se creen omnipotentes dejándolo al margen, siendo el descubridor de la incalculable fortuna? ».

Pues bien, les enseñaría esta noche quienes eran los verdaderos gilipollas.

« Malditos usureros. Hoy me las pagan ».

Don Bartolomé Scudder constaba rabioso, más el rostro se iluminó ante la idea. Los de Diamanta habían sido unos cobardes y la cobardía acarrea consecuencias; este, nuestro mundo, no acepta ratas merodeando en alcantarillas.

Aunque las pugnas en Angola prácticamente impedían extraer y trasladar diamantes hacia la sede en Londres sin la posibilidad de perderlos irremisiblemente, los de Diamanta debieron correr el riesgo en vez de esconderlas. Aunque aumentaran exponencialmente las inseguridades dentro de un territorio en guerra, en eso consistían los negocios: riesgos.

El Tratado de Alvor para independizar Angola de los lusitanos, en vez de pacificar a un país desgastado por siglos de lucha, había atraído la voracidad de un sinfín de naciones: sudafricanos, mercenarios portugueses, zarianos, cubanos, soviéticos, chinos, namibios y ni se sabe cuántos más, desatando una cruenta rapacería y dejando a los portugueses de la transnacional Diamanta sin otra elección que retirarse.

Sí, era cierto lo del recrudecimiento de los combates, la ocupación de Sudáfrica en más de 50 kilómetros extra fronterizos, los descalabros de las fuerzas del ejército frente a la UNITA, las tropas cubanas entrando en el conflicto, los soviéticos, los norteamericanos.

Era cierto por igual el sinnúmero de operaciones militares rondando las transnacionales, los ataques a las fortalezas de Mavinga y Jamba en el sureste del país. El mando de las tropas angolanas por los soviéticos del general Kurochkin Konstantín.

Luego sobrevino lo de Cuito Cuanavale. Era cierto.

Scudder bufó al imaginarse regalando una incalculable fortuna; su fortuna.

Dondequiera era la misma masacre por la conquista de los recursos naturales meridionales. Batallas con los objetivos ocultos, batallas de índole económica saboreadas con bombas y sangre.

« África es un hervidero de ratas sedientas y nada ni nadie cambiará lo incuestionable », reflexionó mientras arribaba a la superficie de la caverna. « Tan prepotentes los malditos de Diamanta. Portugueses de mierda, avasallarme para meses después encomendarme proteger la preciosa carga. Ciegos imbéciles y denigrantes ».

Se caló el sombrero y caminó en busca de los prismáticos, olvidados en el todoterreno.

El resplandor de la luna inundó la montaña mientras Don Bartolomé Scudder sintió el temblor bajo sus pies y se detuvo para hurgar el horizonte. A lo lejos, decenas de faros anunciaron la cercanía del convoy y con él, la esperada llegada de su amigo.

Ellos no eran Diamanta, ellos sí sabían cómo hacer negocios.

Se rascó la barbilla; la marcha atrás, el titubeo, el arrepentimiento y las consecuencias de nada servirían a partir de ahora.

¿A quién le importaba un pepino? ¿Eran cínicos y prepotentes? ¿Incumplidores con Don Bartolomé Scudder? El momento de atenerse a las consecuencias se encontraba a metros de distancia.

La deserción es un acto de fe, precisamente cuando la fe nos abandona. Don Bartolomé Scudder había pasado de ingeniero geólogo a mercenario, de mercenario a desempleado, de desempleado a especialista, y de especialista a traidor.

Parpadeó su linterna para guiar al convoy hacia el escondite.

« No posee bandera el íntimo deseo al bienestar », caviló Don Bartolomé Scudder. Frase bien articulada si no tenemos en cuenta a la voracidad como mal común.

Don Bartolomé Scudder no se colocaba como adivino en este mundo pleno de eventos, por tanto ignoraba encontrarse a punto de liberar una cadena de felonías sin final. Lo desatado a partir del instante en que, feliz, tendió la diestra al comandante Edouardo do Nascimento, Don Bartolomé Scudder no podía imaginarlo.